

que él, conociendo tanto el objeto, no había descubierto sus rasgos íntimos, aquellos que están reservados, como primicia, al ojo del artista.

Todo esto decimos a Pierre Favat, porque hemos leído las *Memorias de un buey* con fruición, del principio al fin y nos hemos entretenido, o sea, ha cumplido esta novela su primordial y más apreciable finalidad.—G. L.



“LANCHAS EN LA BAHÍA”, por *Manuel Rojas*

Parecerá lógico que el éxito resonante de *Hijo de Ladrón*, haga partícipes de su popularidad a las anteriores obras de Manuel Rojas. Sin embargo, ni *El Delincuente*, ni estas *Lanchas en la Bahía*, que viene de reeditar Nascimento, desmerecen en nada de la novela de largo alcance que Rojas lanzó el año pasado.

Veinte años atrás, la suerte del escritor estaba echada.

Lanchas en la Bahía tiene un tono humilde que no excluye la seguridad. La modestia emerge, más bien, de la convicción profunda respecto de su sinceridad.

No se propone transmitir agudos dramas ni difíciles conflictos espirituales o sentimentales. El amor del protagonista por la heroína del libro, se resuelve en forma directa, casi brutal, con una condena por agresión. Ella era, lisa y llanamente, una prostituta, ni mejor ni peor que sus compañeras de oficio. Quizá si algo ingenua y con un sedimento de pureza que la muchacha conservaba a pesar de sí misma. El la conoció por medio de su amigo y compañero de trabajos en el Puerto. Rucio del Norte. El joven no había estado nunca en lupanares y la revelación fué brusca.

“—El día sábado, Rucio del Norte me hizo una proposición. Al principio no comprendí...

“—¿Dónde quieres ir?

“Y el lanchero, dándome un golpe en las costillas y sonriéndome de lado, dijo:

“—Dónde haya niñas, pues, señor... ¿que no te gustan la niñas?

“—¿Pero qué niñas?

“—Niñas, pues, ñato, niñas... para divertirse un rato”.

Luego, el ascendente ritmo de la fiesta animada aquella noche por Rucio del Norte, o, mejor, hecho en torno suyo, se ofrece con veracidad asombrosa, alucinante:

“Cinco minutos después —escribe el novelista—, el salón de baile era una campana donde la voz del lanchero volteaba de pared a pared, de espejo a espejo, de rincón a rincón, como un baidajo incansable, con el mismo tono alto siempre y acompañado a veces por las carcajadas de las mujeres, las escalas del piano y el tamboreo precipitado de la tañadera. Cuando el acompañamiento cesaba, la voz seguía sola y se la oía hablar, cantar, reír; la alegría fluía por ella como un chorro inagotable. Rucio del Norte perseguía a las mujeres, las cogía en los brazos y las tumbaba sobre los sillones; reían a gritos, excitadas por la fuerza y el ardor de aquel hombre que lo llenaba todo, que lo dominaba todo con sus lomos anchos y su voz más ancha aún”.

Las mujeres atraídas por el foco formado alrededor de Rucio del Norte, ni siquiera miraban a ese joven —el protagonista— que no se reía ni hablaba, cuya mirada era vaga y que parecía pedir permiso hasta para respirar.

De su soledad y de la indiferencia de los demás, lo redime Yolanda, la morena causante del litigio que sobrevino tiempo más tarde y que llevó al muchacho hasta una celda de la cárcel.

Olvidó, con prontitud, el incidente. Lo que Yolanda había encendido en su alma, no alcanzaba a ser una pasión. Más que todo, fué la voz que lo despertó del sueño de la infancia, convirtiéndolo en hombre.

Como otras historias de Rojas, ésta termina, también, con una

evasión. Las vicisitudes de la alegre vida marítima, impregnada de sal y de juventud, la oscura experiencia carcelaria, terminan con el enganche para un barco que zarpa hacia sitios cuyo nombre aviva la fantasía de los flamantes aventureros.

El lector de *Lanchas en la Bahía*, lamenta que sus personajes se vayan inesperadamente. Quisiera seguirlos en su viaje y continuar disfrutando de la prosa del artista, de sus metáforas justas, vibrantes de actualidad, bien encuadradas dentro del medio local, en donde nada sale de su ambiente y todo resplandece de autenticidad.

Manuel Rojas sugiere, poderosamente, la atmósfera que vive en su imaginación. Habla, como otras veces he dicho, a los cinco sentidos: al olfato, al gusto, al tacto, a la vista, al oído.

Aun los que no conocen o conocen poco, ciertos recintos pintados por este autor, se convencen de que *tienen* que ser así, como Rojas los describe. En un mismo acto insinúa los hechos desnudos y su contenido íntimo, la reflexión, la crítica, la caricatura y lo que podríamos llamar su moraleja.

Por sórdido que sea el medio y por procaces que sean quienes lo componen, Rojas no desciende jamás al lenguaje de la taberna ni repite expresiones de burdel. Merced a cierto don mágico, su relato produce más fuerte sensación de realidad que otros, ahitos de palabrotas, acribillados de figuras violentas y de actitudes innobles. Esto, en un autor que no pretende, ni mucho menos, contar vidas de santos, es rarísimo y constituye la más cabal demostración del sentido de la medida y del equilibrio de Rojas.

Si trata de representar una escena turbulenta, él no se altera; si de indicar la psicología de la plebe, él no cree necesario volverse plebeyo; para describir la ira de algunos, no se toma la molestia de encolerizarse. Pase lo que pase, suceda lo que suceda bajo su pluma, Rojas conserva la serenidad, se abstiene de tomar parte y partido en las reyertas, evita embriagarse con los borrachos o perder su control en el tumulto de la casa pública.

Alcanza los más puros efectos, lleva la exaltación hasta el úl-

timo límite, sin olvidar detenerse donde debe. Obtiene el clima que embruja al lector, lo somete a su imperio, todo ello sin perder la calma, sin inmutarse, firme en su línea de buen gusto, seguro en el cauce de la naturalidad.

Nunca se pronuncia sobre los buenos ni los pésimos antecedentes de sus tipos. Únicamente los retrata. No aprueba ni desaprueba nada. No aspira a que su libro sea reflejo del bien o del mal, sino de la vida.

De esta manera suave, llana, libre de intenciones preconcebidas, por encima de tendencias, la obra de Manuel Rojas crece hasta alcanzar esa categoría artística que le confiere el rango indiscutido de gran señor de las letras chilenas.—GUSTAVO LABARCA GARAT.



LA LITERATURA DE HERNÁN DEL SOLAR

Hay en Hernán del Solar una condición que lo singulariza en la literatura chilena: su conciencia de escritor, su dominio del oficio. Elabore una antología poética, escriba libros para niños o cuentos, haga crítica literaria, evidencia la seriedad y escrupulosidad de su labor, los propósitos estéticos que se ha trazado y los medios expresivos para realizarlos. Es éste un escritor que sabe utilizar sus materiales y recursos, seleccionarlos, recrearlos literariamente, poniendo como núcleo de esta recreación el hombre y sus problemas. Nada de improvisaciones ni tanteos, ni menos concesiones al mal gusto; seguridad y conciencia de lo que es hacer literatura, sin confundirla con ningún otro menester como suele ocurrir.

Si es verdad que las formas de vida y la filosofía del escritor, condicionan y determinan su modo de enfocar la realidad objetiva y humana y, en consecuencia, su propio estilo, en este autor, en sus obras, se refleja de manera particularísima, su psicología, su cul-